

agentes especiales á París y Londres para explicar su actitud, y no se opuso á que los principios admitidos por la Conferencia de Viena el trece de Enero se elevasen á protocolo, lo que se hizo el nueve de Abril, comprometiéndose cada una de las potencias á no separarse de las otras tres para arreglar las dificultades pendientes, y ratificándose en las cuatro repetidas condiciones, como bases de arreglo: integridad del imperio turco, evacuación de los principados por los rusos, independencia del Sultán, que otorgaría libremente franquicias y privilegios á sus súbditos cristianos, y adopción de las garantías necesarias para poner las relaciones políticas de Turquía en armonía con el equilibrio europeo.

En el acto de contraer las potencias este compromiso, la crisis de Oriente llegaba á su período álgido. Francia é Inglaterra, terminados sus preparativos, no podían tardar, dada la proximidad de la primavera, en abrir la campaña, sin embargo de no contar aun con el concurso de Austria. Tampoco el Czar había obtenido la neutralidad de Dinamarca, ni la de Suecia, ni que Persia empuñase las armas; solamente Grecia sostenía con todas sus fuerzas la insurrección cristiana, que se propagaba por Epiro y Tesalia y amenazaba prender en Montenegro. Nicolás, firme en sus ilusiones, no se dignó responder á la intimación anglo-francesa de veintisiete de Febrero, que le fué notificada el diez y nueve de Marzo. Los acontecimientos se precipitaron. El doce de dicho mes, Francia é Inglaterra suscribieron en Constantinopla un tratado con Turquía, comprometiéndose á defenderla hasta la conclusión de una paz que garantizase su independencia y los derechos del Sultán, y obligándose la Puerta á modificar las instituciones del imperio en el sentido de asegurar á todos sus súbditos, sin diferencias de religión, igualdad completa ante la ley y los tribunales, admisión á todos los empleos y reparto equitativo del impuesto; pocos días después, las mismas dos potencias firmaron, acerca del derecho de los neutros y los corsarios, una convención con los Estados- Unidos, que les prometieron absoluta neutralidad; el veintisiete de Marzo, un mensaje del emperador Napoleón III y un mensaje de la reina Victoria, leídos en las asambleas parlamentarias de las dos naciones, anunciaron al mundo que, entre Francia é Inglaterra por una parte y Rusia por otra, quedaba declarada la guerra; por último, el diez de Abril, Inglaterra y Francia se comprometieron entre sí á no tratar separadamente con Rusia, no buscar en la guerra ninguna veniaja particular y meter en cintura á Grecia, á la que tenían derecho de vigilar como potencias protectoras. Por estos pasos se llegó á la guerra de Crimea.

Desde el punto de vista militar, la guerra de Crimea figura entre las más extrañas y penosas. Las potencias enemigas moraban en las dos extremidades de Europa, sin punto de contacto entre sí, sin poder llegar á las manos más que por mar, separados los ejércitos franco-ingleses de su principal centro de abastecimiento por más de cuatro mil kilómetros, y tardando los transportes, en su mayor parte de vela, dé doce á treinta días en

el viaje de Marsella á Gallipoli, y otros seis ó siete en ir de Gallipoli á Sebastopol. Con parecidas dificultades tropezaban los rusos, por la inmensidad de su territorio, lo atrasado de los medios de transporte y la falta ó mal estado de los caminos. Juntábase á esto que los aliados no habían fijado de antemano un plan único, y que los proyectos militares de Francia é Inglaterra eran muy distintos. Para no zaherir susceptibilidades nacionales, se huyó de crear una sola jefatura, y hubo en Crimea tres ejércitos yuxtapuestos, tres estados-mayores distintos, deliberando, negociando, cambiando notas, enviando despachos, firmando protocolos, preparando cada operación de guerra como los diplomáticos preparan un tratado de paz. Aumentaban esta confusión los jefes de Estado y los ministros, que, pretendiendo, no ya inspeccionar, sino dirigir, oponían proyectos á proyectos, dictaban concepciones estratégicas á los generales, los cuales, por resueltos que estuviesen á no abandonar la obra comenzada, no podían prescindir por completo de ellas, tenían que guardar las apariencias, ladearse, bordear, ganar tiempo, mejor dicho, perderlo.

Las primeras tropas francesas salieron de Marsella el diez y ocho de Marzo, al mando del general Canrobert, yendo á preparar en Callipoli acomodo para el grueso de las fuerzas. El ejército francés de Oriente había de componerse de cuatro divisiones, una de reserva, sumando próximamente treinta mil hombres; veinticinco mil pensaban enviar los ingleses. Generales en jefe eran el mariscal Saint-Arnaud y lord Raglan: el primero, joven aun, célebre por la conquista de la pequeña Kabília, muy activo, capaz por su ambición de llevar con viveza la campaña, al par que muy sencillo, á propósito para entenderse con su compañero, un inglés de sesenta y seis años, veterano de las guerras de Portugal y de España, herido en Waterlloo, algo pesado, frío, rudo, mal pensado y muy celoso de su autoridad y de su independencia de acción. Cuando los generales llegaron á Constantinopla, las tropas rusas, algún tiempo detenidas en los principados por las operaciones de Omer-Pachá, habían pasado el Danubio el veinte de Marzo, y el catorce de Abril habían puesto sitio á Silistria. El diez de Mayo, Saint-Arnaud y Raglan, en conferencia que celebraron en Varna con Omer-pachá, decidieron entrar inmediatamente en campaña; pero cuando procedieron á ejecutar el acuerdo, observaron que en Gallipoli no había nada preparado. «Digo con dolor á S. M., escribía Saint-Arnaud el veintiséis de Mayo á Napoleón III, que no estamos en situación de hacer la guerra. Sólo tenemos veinticuatro piezas de artillería uncidas, prontas á hacer fuego. Peor estamos aun de provisiones. No se hace la guerra sin pan, sin zapatos, sin ollas, sin jarros....» No culpo de ello á nadie; es resultado de la precipitación con que se ha hecho todo. Se ha embarcado á los hombres en vapores, y las provisiones, el material, los caballos, en barcos de vela; los hombres llegan, y no hallan lo que les es absolutamente preciso». Hubo que limitarse, por el momento, á enviar á Varna una división inglesa y una brigada francesa. El veintitrés de

Junio, cuando ya los aliados se hallaban en disposición de obrar, los rusos, después de seis asaltos inútiles, levantaron el sitio de Silistria, no tanto por haberse concentrado veinte mil franceses y veinte mil ingleses en Varna, como por la actitud francamente hostil en que se colocó Austria. ¿Qué novedad había motivado semejante cambio por parte de esta potencia?

Francia é Inglaterra, habiendo fracasado en su proyecto de cuádruple alianza, entablaron inmediatamente negociaciones particulares con Austria para formar una coalición de tres; pero el gabinete de Viena se resistía alegando que no podía comprometerse mientras no obtuviese de Prusia un tratado de garantía, y al mismo tiempo, para obligar á esta potencia á concluir dicho tratado, decíale que, si tardaba mucho, veríase precisada á echarse en brazos de la alianza franco-inglesa. Federico Guillermo IV y el partido de la Cruz, que querían salvar á Rusia, con cuya gratitud contaban, vieron claro que les bastaba para ello con acceder á las proposiciones de Francisco José uniéndose á Austria, mas no para ayudarla á marchar, sino para detenerla. A este efecto, la corte de Berlín anduvo muy cauta en los términos del tratado, en que, si prometía garantir de todo ataque á la monarquía austriaca en su conjunto, no le prometía su concurso para la ofensiva sino tan sólo en el caso de correr peligro los intereses alemanes, y aun entonces, debería preceder á la acción un acuerdo, que de ella dependería el tomar, y acuerdo previo exigía igualmente para proceder á movilizar las tropas, añadiendo á todo esto, en fin, la condición de que aceptasen el tratado los Estados de la Confederación germánica. Esto último era una astucia de Bismarck, en cuyo concepto el tratado, con semejante cláusula, sería una *esponja para borrar las ideas belicosas de Austria*. Hallábase convencido este diplomático, á consecuencia de una investigación severa de los diversos Estados de la Confederación, de que la Dieta asentiría con dificultad al tratado austro-prusiano, lo que permitiría desde luego ganar tiempo, y que su adhesión surtiría el efecto de paralizar á la corte de Viena; porque cuando esta potencia, solicitada por Francia é Inglaterra, respondiese que no podía marchar sin Prusia, Prusia contestaría á su vez que no podía marchar sin la Confederación, y nada tan fácil como impedir, mediante secretas gestiones, á la Confederación moverse y aun llevarla á contrarrestar, en nombre de los intereses germánicos, la política austriaca. Firmóse, pues, el tratado de garantía el veinte de Abril, con un artículo adicional, estipulándose: primero, que Austria intimaría al Czar detener la marcha de sus tropas y fijar término á la ocupación de los principados; segundo, que las dos partes contratantes solamente tomarían la ofensiva en el caso de que los rusos pasasen los Balcanes ó declarasen apropiarse los principados.

Federico Guillermo, dominado por el partido de la Cruz, no tardó en manifestar su desagrado á los que le habían aconsejado ingresar en la alianza inglesa. Bunsen fué llamado; Usedom, despedido, y el príncipe Guillermo, despechado, se fué á distraer su

mal humor en Basilea. El gobierno prusiano, para dejar á los rusos tiempo de alcanzar al sur del Danubio alguna ventaja importante y, sobre todo, tomar á Silistria, empezó por hacer perder seis semanas á Austria, que, á pesar de su impaciencia, no pudo enviar al Czar la intimación convenida hasta el tres de Junio. Pero Gortchakof no pudo en este tiempo apoderarse de Silistria, y entonces fué cuando las tropas rusas levantaron el sitio de esta plaza, repasaron el Danubio y empezaron el movimiento de retirada al través de los principados. El ejército austriaco se dispuso á reemplazarlas, en virtud de un tratado que el gobierno de Viena había firmado el veintitrés de Junio con Turquía, autorizándole ésta á ocupar la Valaquia y la Moldavia hasta la conclusión de la paz. Todavía, en esta operación, el gabinete de Berlín hizo perder á su aliada más de un mes, manifestando que no podía seguir asociado á la política austriaca si Francisco José, al tomar posesión de los principados, no cerraba la entrada en éstos á los ejércitos de Turquía, de Francia y de Inglaterra. Secundaban á Prusia los demás Estados alemanes, amenazando con no asentir al tratado de veinte de Abril y formulando, á consecuencia de conferencias celebradas en Bamberg por sus principales ministros, exorbitantes pretensiones, como las de que las dos grandes cortes negociasen con la Confederación germánica reunida en corporación y representada por la Dieta de Francfort; que el tratado á que se les pedía adherirse se sometiese á la deliberación y voto de la Dieta; que Austria y Prusia se comprometiesen á defender á la Confederación, no sólo con sus contingentes federales, sino con todas sus fuerzas; que se admitiese á la Confederación como *potencia europea* en las negociaciones á que diese origen la cuestión de Oriente; que se garantizase la inviolabilidad del reino de Grecia; que si se imponía á los rusos la evacuación de los principados, se detuviese á los aliados por la parte del Danubio, obligándoles á firmar un armisticio, y otros extremos por el estilo. Austria hubo de prometer que tendría en cuenta todos estos extremos, y cumplió su palabra, aún respecto del que no dependía de su voluntad, consiguiendo del ejército anglo-francés, mediante súplicas y la intimación de no poder incorporarse, que renunciase á la resolución tomada de invadir Moldavia y Valaquia. En su virtud, los aliados desistieron de penetrar en el corazón de Rusia y resolvieron la expedición á Crimea, á disgusto de Napoleón, que acariciaba la idea de una campaña en el Pruth, muy á gusto de Inglaterra, que aspiraba á destruir el poderío del Czar en el Mar Negro, y que designó la plaza de Sebastopol como objetivo de la coalición. Con su habilísima política, Prusia había salvado á Rusia.

Al tanto de la actitud de Prusia y pequeños Estados alemanes, el Czar respondió el veintinueve de Junio á la intimación de Austria y, juntamente, al protocolo de nueve de Abril, declarando, respecto de la primera, que no podía acceder á la evacuación si Austria no se comprometía á no unirse á sus enemigos y prohibirles operar por la parte de Valaquia y Moldavia, y en cuanto al protocolo, que *aceptaba* las tres primeras cláusulas.

sulas, añadiendo la oportunísima declaración de que, si otorgaba concesiones, era en consideración, sobre todo, á los intereses germánicos. Los bambergueses pidieron á Austria que les *sometiese* la respuesta rusa, con el ánimo de manifestarse satisfechos con ella, y como Buol les contestase que no tenían derecho á examinarla por no haberse adherido al tratado de veinte de Abril, el veinticuatro de Julio ingresaron en la alianza austro-prusiana, sin que por esto el gabinete de Viena se apresurase á satisfacer su demanda. Buol no jugaba limpio. La respuesta rusa no le había complacido; barruntaba intimidar al Czar mediante una manifestación diplomática importante, y á este efecto, abrió de nuevo las conferencias de Viena, para precisar en declaración solemne las garantías que procedía exigir á Rusia acerca del cuarto extremo del protocolo, al que no se había dignado contestar. Prusia se negó á tomar parte en estas conferencias. En vano Nicolás declaró oficialmente el siete de Agosto, por consejo de Prusia, que la evacuación de los principados estaba consumada; al día siguiente, Austria, Francia é Inglaterra adoptaron las famosas notas de Viena, que todo el mundo creyó habían de arrastrar á la primera de dichas potencias á entrar en la alianza de las otras dos. Conveniase, por estas notas, que «las relaciones entre la Sublime Puerta y Rusia no podrían restablecerse sobre sólidas bases, primero, si el protectorado ejercido hasta el presente por la corte imperial de Rusia sobre los principados de Valaquia, Moldavia y Servia no se pone, en lo porvenir, bajo la garantía colectiva de las potencias, en virtud de contrato que se celebre con la Sublime Puerta; segundo, si no se aplica á la navegación del Danubio en su desembocadura los principios consignados en las actas del Congreso de Viena; tercero, si no se revisa el tratado de trece de Julio de mil ochocientos cuarenta y uno, en interés del equilibrio de las potencias de Europa; cuarto, si Rusia no abandona la pretensión de ejercer un protectorado oficial sobre los súbditos ortodoxos de la Sublime Puerta, y si Francia, Austria, Gran Bretaña, Prusia y Rusia no se convienen para obtener, por iniciativa del gobierno otomano, la confirmación y cumplimiento de los privilegios religiosos de las diversas comuniones cristianas». Las tres cortes declararon, además, que no tomarían en consideración ninguna proposición del gabinete de San Petersburgo como no implicase su adhesión completa á dichas garantías.

Estas notas fueron violentamente atacadas por el gobierno prusiano y la coalición de Bamberg, y como Austria pidiese por entonces á Prusia y á la Confederación movilizar sus tropas, conforme al tratado de veinte de Abril, para ayudarla á defender los principados, respondieronle que, en cumplimiento de dicho tratado, la defenderían si era atacada en sus dominios propios, de ningún modo fuera de ellos, en Valaquia ó Moldavia. Era su intención obligarla por lo menos á mantener los principados en estado de estricta neutralidad, á lo que Austria no podía acceder sin indisponerse con Francia é Inglaterra. Durante cerca de tres meses, cambiáronse entre Viena, Berlín y Francfort comunicaciones

muy ásperas, hasta el mes de Noviembre, en que Prusia y la Dieta cedieron un poco en su ruda oposición á los deseos de Austria, por efecto, en parte, de las victorias alcanzadas por los aliados en Crimea. Volvamos, pues, al teatro de la guerra.

Crimea, el Quersoneso táurico de los antiguos, la Taurida de Catalina II, es una gran península, bañada, al nor-este, por el mar de Azof; en las otras tres caras, por el Mar Negro, y unida al continente por el istmo de Perekop, estepa vasta y plana, desprovista de agua potable. El tercio meridional de la península es montuoso, formado por tres grandes cordilleras casi paralelas, que en la cara meridional se hierguen en tajos poco menos que verticales, con profundos y angostos barrancos; en la cara septentrional se deprimen en suaves pendientes, y forman en sus cumbres mesetas más ó menos extensas. La región está bien regada. Todos sus ríos, excepto el Salghir, que desagua al nor-este, corren del este al oeste, y son, contando de sur á norte: el Tchernaiá, el Belbek, el Katcha, el Alma y el Bulganak. El país es fecundo, rico y pintoresco. Magníficos bosques coronan las alturas; legumbres y frutos crecen abundantemente en los valles. Simferopol, capital administrativa de la península, Baktchisarai y Karasubazar son sus tres ciudades interiores, y las marítimas, Eupatoria, al oeste; Sebastopol y Balaklava, al sur-oeste; Teodosia ó Kaffa, Kertch y Yenikale, al sur-este. Las comunicaciones entre estas ciudades eran, en mil ochocientos cincuenta y cuatro, pocas y malas. La arteria principal era la vía de Perekop á Simferopol, punto central, de donde partían el camino de Eupatoria, el de Sebastopol y Balaklava, y el de Teodosia y Kertch. En la extremidad sur-oeste de la península, el mar se interna formando profunda bahía llamada del Norte, en cuya ribera meridional se abre perpendicularmente otra más estrecha y corta, la del Sur, y en estas dos articulaciones los rusos habían fundado un poderoso arsenal, dividido en dos cuarteles, el de Karabernaia, ó arsenal propiamente dicho, al este, y el de la ciudad, al oeste. Esto era Sebastopol. Desde que las escuadras aliadas pasaran el Bósforo, se abrigan en su bahía catorce navíos de línea, siete fragatas y once vapores de menor porte, que componían la armada del Mar Negro, la misma que los ingleses se proponían destruir arrasando á Sebastopol, en la esperanza de que, ocupada Crimea, forzosamente el Czar habría de pedir la paz. Miraban éstos la empresa como muy fácil; los franceses, por lo contrario, la juzgaban muy difícil. «La ocupación de Crimea, escribía el mariscal Vaillant á Saint-Arnaud, no será consentida por Rusia sino cuando, después de haber hecho los mayores sacrificios, esté harta y cansada de guerra. Es preciso, pues, estar dispuestos á todo y no forjarnos ilusiones acerca de los sacrificios á que nosotros mismos deberemos resignarnos».

Resuelta la expedición, se procedió á hacer preparativos enormes. El ejército inglés se componía de cinco divisiones de infantería, una división de caballería, nueve baterías de campaña, un parque de sitio, en conjunto veinticuatro mil quinientos hombres; los fran-